

El "gran mal" y los tres mitos sobre el Islam político

Por Jaime Pérez González

"Este terrorismo [...] es posnacional tanto en su base social (los movimientos de la Yihad en todo el mundo), como en su organización (redes globales) y en sus objetivos (representaciones del capitalismo y de la cultura occidental). Este terrorismo [...] no ataca a los poderes reales, sino a sus símbolos [...] El poder de Bin Laden no es real sino simbólico [...] La superioridad es tal que matando a Bin Laden físicamente [...] Bush sólo conseguirá aumentar su poder simbólico" [Köhler, 2001].

Tan simbólico como cualquier otro poder, pues cada una de sus variantes, ya sea de tipo político, religioso, económico, social, de conocimiento o ideológico; comprenden una serie de constructos que para ser considerados como poder, necesitan de la legitimidad que les entrega la sociedad, pueblo o nación a la que éste pretenda dominar.

Si esto fuese de otra forma, la campaña mediática y de verdadera propaganda internacional de terror, miedo y expansión del sentimiento anti-islámico, emprendida por EEUU desde los ataques a las torres gemelas y el Pentágono, ocurridos el 11 de Septiembre de 2001, no tendría razón de ser.

Es a partir de ese momento cuando se acentúa la expansión, el debate y la discusión en torno a una estrategia que Estados Unidos ya había utilizado en otras ocasiones, la cual consiste en resaltar y reforzar la idea de un "mal" exterior que atenta contra las bondades de la libertad, la democracia y el éxito económico, de los cuales "América" se ha nombrado como la superpotencia encargada de defender y expandir por todo el mundo.

De esta forma, "se fomenta pues la creencia en la fundación teologal de la patria, en la que "Dios" participó activamente, que potencia igualmente la convicción de ser un "pueblo" elegido, único, fuerte, diferente a los demás, y con una misión histórica que cumplir: salvar la libertad del mundo, pues no en vano EEUU fue, en su día, la cuna de las libertades. Todo ello "dota" a EEUU de una superioridad legal y moral para actuar en este proceloso orbe" [Wagman, 2001]

Es decir, una idea no muy distante de lo que significa el fundamentalismo islámico de tipo político, salvo por la diferencia de que los grupos radicales islámicos se articulan a partir de una forma de organización de tipo extra o supranacional.

Por tanto, como señala Fernández Duran (2002) *"Dentro de esta concepción se necesita siempre del mito de la existencia de un Mal exterior, con el que contraponerse, porque EEUU es el Bien. Ello ayuda adicionalmente a reforzar la cohesión interna. A lo largo del siglo XX se fue magnificando la existencia de un Gran Mal en el mundo, que se ha ido progresivamente transformando y satanizando. Primero fue, durante mucho tiempo, la amenaza del comunismo (Reagan lo llegó a definir como el "Imperio del Mal"), más tarde también la revolución iraní, después Sadam Hussein, y hoy en día el Islam en su conjunto. Con este Gran Mal, que evoluciona según las circunstancias, no hay posibilidad de diálogo, ni de negociación, sólo cabe la intolerancia y la agresión"*

En este contexto, es posible vislumbrar tres creencias que han inspirado muchas discusiones en occidente en relación al Islam político (islamismo) en los últimos 15 años, principalmente después del 11 de septiembre de 2001, a partir de las campañas mediáticas realizadas desde las cadenas de comunicación, los canales de cable, el cine, las revistas especializadas y, por supuesto, los sitios Web de estos mismos medios.

Los tres conceptos que casi de forma automática traspasaron en pocos segundos las barreras geográficas, para emocionar y mantener preocupado a gran parte del mundo, por medio del drama humano y la sobreexplotación del sensacionalismo y la abundancia de desinformación, crearon un concepto internacional o al menos entre los habitantes de los Estados-nación de origen Occidental, que estableció un imaginario simbólico en torno a :1) que, el Islam político es en sí mismo monolítico; 2) que el Islam político es intrínsecamente violento; 3) que existe una única y estrecha relación entre religión y política.

Por ello, ante la abundancia de escritos sobre el tema y la mediana lejanía con respecto a la principal imagen del llamado “choque cultural”, que significó el atentado al *World Trade Center* y posteriormente al Pentágono, a través del presente ensayo se intentará demostrar por qué las tres creencias que se mencionaron anteriormente son falsas.

1) El Islam político es en sí mismo monolítico

Antes de analizar esta afirmación debemos entender lo que ella comprende. Así entonces, al hablar de Islam político nos referimos a la cristalización de las creencias religiosas que se derivan del Corán, las cuales a través de una lectura radical y, en ocasiones, por medio de una interpretación manipuladora, han posibilitado *“la instrumentalización del discurso religioso por grupos extremistas que se autopresentan como los representantes del verdadero islam”* (López, B. 2007). Todo ello ha permitido la elaboración de una corriente ideológica que se conoce como islamismo, fundamentalismo o islam político.

Su desarrollo histórico es producto, principalmente, del desastre árabe durante la década de los setenta, a partir del enfrentamiento contra Israel que se conoció como “la guerra de los seis días”, lo cual dio como resultado el progresivo quiebre de las formaciones nacionalistas y socialistas árabes, que eran consideradas responsables de la catástrofe. A esto se sumó el que a partir de dicho suceso, también comienzan a entrar en crisis los proyectos modernizadores que se realizaron en el mundo árabe musulmán, con posterioridad al proceso de descolonización Europeo.

A partir de estos dos acontecimientos se hace posible entender porque *“los pueblos árabe humillados y desesperanzados empezaron a encontrar refugio para su desamparo en la fe. El islamismo, como lectura pétrea y objetivante del Corán, se convierte entonces en ideología: “Todo está en el Corán”. Es un intento de vuelta a un pasado mítico imaginario, para escapar de la situación sin salida a la que había conducido el proyecto modernizador occidental, tanto en su variante capitalista como en la de “socialismo” de Estado”*. (Fernández, R. 2002)

Por otra parte, un factor aún más importante que el de las estructuras políticas, significó la creación de un catalizador primordial para la expansión y confianza del mundo árabe musulmán para con el islamismo político. Esto se refiere al extremo aumento de la demografía al interior de una economía en banca rota, lo cual se verá complementado por un discurso interclasista, que a raíz de ello consiguiera una mayor facilidad para implantar el rechazo de la occidentalización y el laicismo panárabe de los cincuenta y sesenta, que se ve reforzado por la idea de una necesidad de purificar el territorio Islámico de todos aquellos quienes eran considerados como enemigos de Dios. (Op cit)

Ahora bien, si se decide caracterizar al islamismo como una agrupación de tipo monolítico, entonces el Islam político tendría que estar articulado de dos formas posibles. La primera se refiere a una organización que posee una sola cabeza desde donde se articulan las acciones y se derivan los mandatos estratégicos que deben acatar los distintos nodos de su organización. O, segundo, el islamismo tendría que formar parte de una compleja organización piramidal que sustenta su firmeza en su inalterable fundamentalismo religioso o en una red que conforma un sistema tan flexible, pero a la vez tan leal y fiel, que posee muy pocos desertores y una gran capacidad para autoregenerarse ante cual-

quier cambio que se presente en el tiempo y, por esta razón, sus miembros siguen manteniendo la obediencia a su principal cabecilla.

No obstante, dichos argumentos son tan refutables como si hoy, con satélites y viajes al espacio, alguien sostuviera que la tierra es plana. Y, por tanto, el mantener una tesis como la que sostiene la existencia de un islam político de tipo monolítico, sólo puede explicarse por otras dos razones.

La primera tiene relación con el desconocimiento, la falta de costumbre o la imposibilidad de realizar o sostener un conflicto armado, por parte de Estados Unidos y sus aliados, contra un enemigo que no es un Estado-nación, sino que más bien forma parte de una ideología religioso-política que se articula a través de redes internacionales, aprovechando los distintos medios de comunicación, las “bondades” de la globalización, el apoyo del pueblo árabe diseminado por distintos países (tanto del medio oriente como de las grandes urbes) y, por supuesto, la importancia que le compete a dicho proceso la expansión de la religión islámica y el crecimiento de los adeptos que se identifican con sus facciones fundamentalistas. Esto último se entiende porque *“mientras los procesos políticos oficiales impiden por completo la formación y el desarrollo de fuerzas políticas moderadas, tanto islamistas como nacionalistas, el terreno ha quedado por entero a disposición de los integristas y los yihadistas radicales”* (Musali, A. 2008).

De esta forma, la principal dificultad que se le presenta a Estados Unidos y, la que lo obliga a crear esta serie de argumentos falaces, es que *“ante esta “guerra” de nuevo cuño Occidente vacila, en un primer momento, sobre cómo actuar. Pues las guerras que Occidente ha conocido desde los siglos XVII y XVIII, cuando se empieza a configurar el estado moderno, eran guerras entre estados, o coaliciones de estados, o, en su día, también, para conquistar territorios en ultramar; aparte de las guerras revolucionarias para acceder al poder del estado, o para crearlo ex novo, en el caso de guerras antiimperialistas de liberación nacional, que se dan sobre todo en el siglo XX”*.

La segunda razón, se refiere a la necesidad de apuntar a un enemigo conocido y reconocible por todo el mundo y, especialmente, por los habitantes de EEUU. Es en este contexto donde *“Los medios de comunicación son responsables de la diseminación masiva del mito de Al Qaeda por todo el planeta y de convertir en estrellas mundiales a Sadam Hussein, Osama Bin Laden, Abu Moussa Al Zarkaoui, entre otros”*. (Bensalah, M. 2006) Pues finalmente, son sus figuras las que se aparecen ante el público como los enemigos reconocibles, quienes deben caer (literal y físicamente) para terminar con el islamismo, cobrar venganza y hacer valer su posición de superpotencia.

No obstante, el conflicto armado que resulto como un “contra-terrorismo”, que realmente puede considerarse como un terrorismo de Estado, por actuar sin el consentimiento de la comunidad internacional, se ha desarrollado durante los últimos siete años sin tocar a quienes, probablemente, tengan una verdadera incumbencia en los atentados al World Trade Center y al Pentágono. Esto último a raíz de que la nacionalidad de quince de los diecinueve “piratas aéreos” que perpetraron los ataques, provenían de la corona Saudí. Y, por ello, *“en Washington, una fuerte corriente de la derecha en el poder busca (...) reformular las relaciones con Arabia Saudita”*. (Atlas de Le Monde Diplomatique, 2003).

Este último argumento, desde una perspectiva internacional, podría explicar porque la guerra se ha centrado en Iraq y en personajes íconos, pero a su vez de figuras casi fantasmales y sostenidas sólo por el poder de los medios. Pues siendo la corona Saudí un importante aliado (petrolero y económico) de EEUU, el apoderamiento de las reservas de crudo en Iraq, puede entenderse como un claro intento por obtener el último espacio que escapa del control norteamericano, es decir, la importancia de la OPEP al interior del capitalismo global.

2) El Islam político es intrínsecamente violento

Es posible caracterizar al Islam político como violento si se lo toma como un movimiento aislado de su contexto histórico, social e internacional y como resultado directo de la lectura extremista del Corán

No obstante, la realidad del surgimiento y razón de ser del fundamentalismo político proviene de las intervenciones internacionales, los posteriores gobiernos de elites que estas impusieron y, por supuesto, de la creación del estado de Israel.

Es decir, la idea de un islamismo violentista y terrorista proviene una vez más de la intención de mantener vivo el concepto de “un gran mal” exterior. Pero esta visión, bastante superficial e icónica, deja fuera una variable trascendental que se refiere a la importancia de las creencias de la cultura árabe, que ve en el islamismo una herramienta capaz de entregarles identidad y de suplir las carencias de pertenencia y liderazgo que sufre actualmente como pueblo.

Dicho proceso se ha visto reforzado durante la última década porque:

“el Islam ya no está sólo en la Periferia de Occidente, como había ocurrido durante siglos, sino que hoy en día tiene una presencia considerable en los dos principales centros del capitalismo global. Sus mezquitas ya se encuentran en las principales metrópolis occidentales. E importantes contingentes migratorios llaman a sus puertas blindadas (y un gran número consigue penetrar) ante la situación desesperada en que se encuentra la mayor parte del mundo árabe-musulmán. Y de cara a esta amplia población inmigrante el Islam cumple un importante papel, pues al revalorizar a sus adeptos incluyéndolos en el vasto universo de la Umma, compensa las humillaciones que sufren diariamente, dotándoles de identidad” (Fernández, R. 2002)

De este forma, el fundamentalismo islámico que surge principalmente hacia fines del siglo XX engloba una verdadera acumulación de intervenciones internacionales; realizadas por Gran Bretaña, Francia, EEUU, Israel (pueblo judío) y la URSS, las cuales determinaron y fueron aportando en la construcción de un sentimiento antioccidental, que más allá de basar sus creencias exclusivamente en lo que dicta el Corán; hoy en día basa su interpretación de este libro sagrado, incluyendo las que provienen de grupos integristas que intentan dominar a las masas, desde una respuesta, tanto violenta como pacífica, *“por volver a la época dorada del Islam cuando los países orientales no tenían nada que envidiar a occidente” (Aya, M. 2005)*

En consecuencia, si se considera el islamismo político dentro de su contexto histórico, social e internacional, es posible entenderlo como una deformación natural de los proyectos del mundo árabe que quedaron rotos e inconclusos, como el Panarabismo que pretendía la unión entre los países árabes y el Panislamismo que se entiende como la resignación hacia la búsqueda de una cooperación a nivel religioso de todos los musulmanes. Es decir, desde dicha perspectiva el Islam político toma otro cariz más profundo, que lejos de caer en los prejuicios e intereses particulares, permite entenderlo como un movimiento reivindicativo que, en algunas de sus muchas facciones y variantes, ha considerado la vía violenta para amedrentar y llamar la atención de un occidente que históricamente le ha robado y traicionado.

3) Existe una única y estrecha relación entre religión y política.

Finalmente, la creencia sobre una única y estrecha relación entre religión y política puede ser entendida desde dos frentes.

El primero es desde el Internacional, que tiene como intención el marcar una diferencia, en la misma línea de la diferenciación icónica y del mito sobre la existencia de un “mal exterior”, que esta-

blece de inmediato el establecimiento de un nosotros, en el caso de EEUU, “buenos”, civilizados, occidentales, “democráticos”, cristianos, escogidos divinamente y, por supuesto, víctimas del “terrorismo internacional”. Contra un ustedes, en el caso de todo medio oriente, “malos”, atrasados, resentidos, autoritarios, extremistas, fundamentalistas, intransigentes y desde luego, terroristas y extremadamente peligrosos.

Es decir, dicho concepto a nivel internacional busca separar los bandos (buenos y malos- cristianos-musulmanes), con la intención de mantener la estabilidad interna de EEUU a través del reconocimiento y búsqueda de culpables. Y, además, esto último funciona como el argumento perfecto para esconder las verdaderas intenciones de conseguir reservas de crudo en la región del medio oriente.

El segundo frente se sitúa a nivel interno del islamismo para estigmatizarlo como resultado de la sola lectura del Corán, propio de una religión-cultura atrasada y violenta con la cual es imposible negociar.

Sin embargo, este “problema” de tipo religioso no siempre fue una molestia para Occidente y los EEUU, pues como señala Ramón Fernández Duran (2002) *“En esta Guerra Santa contra el Ejército Rojo [refiriéndose a la guerra fría], el apoyo de EEUU, junto al de Arabia Saudí y Pakistán, a las guerrillas fundamentalistas, los muyahidines, fue fundamental, y se puede decir que Bin Laden es en gran medida un producto de la CIA. Reagan llamaba a estas guerrillas "luchadores por la libertad". Estos muyahidines llegaron a sumar más de 100.000 combatientes dispuestos a todo (Chomsky, 2001b)* (el paréntesis cuadrado es mío).

Por ello, señalar que en el islamismo existe una única relación político-religiosa es falso por no considerar variantes tan importantes como los sentimientos que por años ha guardado el pueblo árabe, de resentimiento, desamparo, discriminación y fragmentación; que hoy en día han posibilitado el surgimiento de sus facciones más radicales y, por consiguiente, de su fácil expansión y recepción en Medio Oriente y a través de todos quienes han contribuido a convertir al Islam en la segunda religión, después del cristianismo, en número de fieles; con cerca de 1200 millones en todo el mundo. **(Atlas Le Monde Diplomatique, 2003)**

A modo de Conclusión

Sin duda que mediante un ensayo es difícil intentar desmentir lo que los medios de comunicación y el bombardeo de información han logrado situar en muchas de las opiniones del común de las personas. No obstante, por medio de estos tres puntos se ha intentado esclarecer y dar una segunda lectura de lo que es el islamismo político y como se ha conformado a través de los años.

En este contexto, siempre es importante un análisis sistémico de los acontecimientos, como el que se acaba de presentar, que intente englobar la mayor cantidad de factores indispensables, para incluirlos e integrarlos en un todo, que sea capaz de entregar algunas respuestas a las problemáticas que este se plantee.

En este sentido, he querido seguir la idea de Ahmed Musali (2005) y compartirla como frase de cierre del presente ensayo:

“Un proceso de abstracción que no tenga en cuenta las condiciones socioeconómicas y el entorno intelectual y religioso contribuye a crear el mito de los fundamentalistas, la falsa creencia de que vienen los musulmanes, el choque de civilizaciones entre Oriente y Occidente.”

Referencias Bibliográficas

Achcar, G. y otros (2003) “El Atlas de Le Monde diplomatique, edición española”. Ediciones Cybermonde S.L. Valencia, España.

Ahmed, M. (2008) “El fracaso del Estado Árabe”. Foreign Policy Edición Española, Diciembre-Enero.

Aya, M. (2005) “Los Árabes: ¿Entre el Panislamismo y el Fundamentalismo Islámico?”. Oasis N° 10. Bogotá, Colombia. Extraído el 17 de Mayo de 2008 desde <http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/531/53101005.pdf>

Chomsky, N. (2001) “La nueva guerra contra el terror”. Le Monde Diplomatique Noviembre 2001. Citado por Fernández, R. en “Occidente contra el Mundo Islámico. Algunas claves para entender el conflicto”. Madrid. 2002.

Fernández, R. (2002) “Occidente contra el Mundo Islámico. Algunas claves para entender el conflicto”. Madrid. 2002. extraído el 09 de Mayo 2008 desde <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n21/arfer.html>

Köhler, H. (2001) "Bin Laden es más posmoderno que Bush". El Mundo. Citado por Fernández, R. en “Occidente contra el Mundo Islámico. Algunas claves para entender el conflicto”. Madrid. 2002.

López, B. (2007) “ Un islam exasperado: Los pretextos del radicalismo”. Extraído el 12 de Mayo de 2008 desde <http://www.politicaexterior.com/pdf/1/1-120-16.pdf>

Mohamed, B. (2006) “ Islam y representaciones mediáticas”. Revista CIDOB D’afers Internacionals 73-74, Lo intercultural en acción, identidades y emancipaciones. Barcelona, España.

Wagman, D (2001) "Reflexiones en torno al 11-S". Inédito. Citado por Fernández, R. en “Occidente contra el Mundo Islámico. Algunas claves para entender el conflicto”. Madrid. 2002.